

dez de Lizardi con *El Periquillo Sarniento*, «novela en que la tesis cobra vigor extraordinario», porque «analizando el libro como dependiente de nuestras energías culturales, hallamos su situación exacta de novela fundamentalmente de tesis en los preliminares de la lucha política del México independiente».



<https://doi.org/10.29393/At161-280ATES10280>

EXPERIENCIA DE SUEÑO Y DESTINO, poemas por *Alberto Baeza Flores*.

Cierto material confuso trabaja, acentuadamente, esta poesía y síntomas abstractos le producen un especial vacío donde es fácil radicar la fuerza de su secreto y donde germina floreciendo con densidad caminante una ansia cósmica.

El ser y su actividad expresional, evasiva e indecisa, no formula su experiencia vital con una coordinación adulta, con un reposo madurado, siendo incompleta su morfología. Direcciones accidentales cruzan su volumen rico en contingencias, firme en propósitos espléndidos y también en perfiles seguramente terminados.

La escasez de sosiego interno, la intranquilidad metafísica y el riesgo que supone su vacilación, le estructuran un clima denso, pesado donde es dificultosamente grato, como en algunos vagos sueños, transitar con lentitud. No asalta la sorpresa, no deslumbra ningún fulgor metálico. Pero un poder oculto, una imprecisa corriente invisible, un acento que crece y se desmaya, una esencia furtiva que nunca desaparece mantiene su actualidad finamente viviente y siempre penetrando.

Ni transparencia en el contenido, tampoco en la expresión. No digo, sin embargo, que no sea rápidamente aprehensible su sentido y su destino, no digo que sean inaudibles sus voces misteriosas; se captan pero son lejanas sus antenas iniciales y ya en su raíz, entregan la totalidad de su sonido. Acaso revueltas

aguas en la superficie, aunque movidas estrictamente por sus propios elementos y nunca con suciedad de hojas caídas, con turbiedad de palúdicos fangos, porque debajo de esta superficie hay una poesía nítidamente cristalizada, químicamente pura.

Eficiente, creo, en su conjunto, estas indagaciones o interpretaciones, aunque de visitante. Pero, además, podría informar que en Alberto Baeza Flores no existe superficialidad ni ligereza. No es un espíritu liviano el suyo sino, al contrario, sentidamente preocupado. Interrogaciones hondas lo solicitan gravitando su peso dramático con la decisión de encontrar su destino.

Alberto Baeza Flores con seriedad robusta, con gravedad, responsable mira al ser y a su mundo, y al mundo; su problema y sus problemas que caben en su latitud alerta siempre y abierta siempre a las proposiciones y sugerencias fundamentales. Porque en la poesía de Baeza no funciona solamente el individuo en su circunferencia personal, no desarrolla su actividad egocéntricamente—aunque su anillo es el más extenso y dominante—sino que enteras inquietudes universales de carácter familiar a grandes grupos humanos, trabajan también su filiación encendida, su fe en cauces mayoritarios.

Porque en la poesía de Alberto Baeza Flores anda a veces el hombre sujeto y sacudido de fenómenos colectivos, quemando su ser desgracias sociales, como la guerra; pero de hombre oponiendo su condición de enemistad a la violencia y de inclinación a la paz creadora; de hombre despierto ante el peligro que aquella significa para la integridad humana; de hombre que ya sabe que la «pólvora muerde la libertad del mundo».

Frente a la guerra y su presencia tremenda, frente a su angustia y su agonía y su muerte, Alberto Baeza Flores, cuida, levanta y fortalece la esperanza, crecida en todos los corazones generosos, de que horas más tranquilas y humanas, más aptas para el desenvolvimiento natural del hombre, aguardan al mundo y a su miedo presente, porque ve Baeza Flores «entre la pól-

vora y la muerte un mundo que se limpia y aproxima», dando «ánimo para siempre».—ARTURO TRONCOSO.

LA EDAD DESPAREJA, novela por *Enrique Amorim*

Enrique Amorim madura y se perfecciona. Quien esto escribe, que no es profesional de la crítica ni lo pretende, lo constata con la satisfacción de quien previó un seguro porvenir literario al autor de «Veinte años».

Pero la marcha ascendente de este hombre joven y laborioso, que saltando apenas una generación, retoma con renovada energía el impulso y el empuje punteador y fecundo de sus abuelos portugueses, ha de singularizarse por un incesante progreso más que por esos relámpagos imprevistos con que se nos revelan, después de sus tanteos, algunos escritores.

Al contrario de los que construyen las armazones completas de sus fábricas y luego carecen de material adecuado para levantar los muros y dar cumplimiento a la exigencia estética de los adornos—indispensable complemento del buen gusto—Amorim acopia material excelente y valiosa exuberancia de elementos y riqueza ingente de color y de línea casi como un alarde de poderío y de potencia.

¿Y lo otro? Lo otro se olvida, un poco más que se descuida, y es aquí donde, a nuestro criterio, encontramos el punto vulnerable de sus realizaciones.

¿Existe un prejuicio de nuestra parte al emitir esa opinión? ¿No hay más, vale empecinamiento del autor, en insistir en procedimientos técnicos, cuya pésima recomendación es el estar un tanto en moda?

Recalcamos esto porque consideramos fundamental la arquitectura de una obra y es lástima que ésta se resienta de lo